



Vista de una de las instalaciones anteriores de Villarreal

## Luz-pintura

Leo Villarreal

Galería. Javier López. Madrid. C/ Manuel Longoria, 7 (paisajes) y José Marañón, 4 (instalación).  
Hasta el 24 de febrero

LAS comparaciones son odiosas, pero voy a recurrir a una: imagínese una instalación de los «iconos» de Dan Flavin adaptada al momento actual, definible (entre otros modos) como el de la imagen en movimiento. Tampoco es una comparación realmente, pero al entrar en la sala de la calle José Marañón fue lo primero que pensé: «Flavin resucitado». Se trata de unas decenas de tubos luminosos que van del suelo al techo, agrupados de tres en tres, y por los que discurre, veloz, una película no narrativa de abstracciones de colores vivos, de izquierda a derecha y con un efecto envolvente para el espectador. En la penumbra, los tubos actúan como si fueran ranuras de la pared por las que asomara una pantalla de casi 360° situada tras ella. En realidad, en su origen, es el mismo recurso utilizado por luminosos comerciales, pero sofisticado y tomado para el dominio artístico. En cierto modo, el artista hace de Pigmalión de la luminaria callejera, recojiéndola de la calle para dignificarla.

Villarreal lo explica con sencillez, porque para él es muy sencillo: «Uso el ordenador desde pequeño, y los programas que hacen estas secuencias de colores son muy simples; lo que hago ahora es como pintar usando números». El aporte a la creación actual de este artista es el tratamiento de la luz por medios digitales. Muchos otros han trabajado y trabajan usando la luz como medio, incluso como materia. Pero Leo va por el camino de la *luz-pintura*. Es más, de la *luz-pintura-en movimiento*, lo que unido a la naturaleza objetual de su obra y a su carácter *instalacionista* da como resultado algo paradigmáticamente globalizador y sinérgico de los medios artísticos. ¿Y no es muy sintomático ese interés en coquetear con la venerable estética de la pintura desde la rebeldía («sin causa») de las «nuevas» tecnologías?

He hablado del efecto de «película» movediza de las composiciones coloristas que se van sucediendo de cada tubo a su contiguo, como si tuvieran vida propia. Son tubos rellenos de LED rojos, verdes y azules que, dirigidos aleatoriamente por los programas informáticos, dan un movimiento único e irrepetible a esas composiciones y 16 millones de colores posibles. O sea, una auténtica historia interminable sin recurrir al *loop*, como la que, afortunadamente, nos sigue dando el arte hoy, a pesar de tantas voces pesimistas y agoreras que defienden lo contrario, oler putrefacción, palpar el nihilismo, saborear el fracaso y oír trompetas apocalípticas.

Fernando Galán